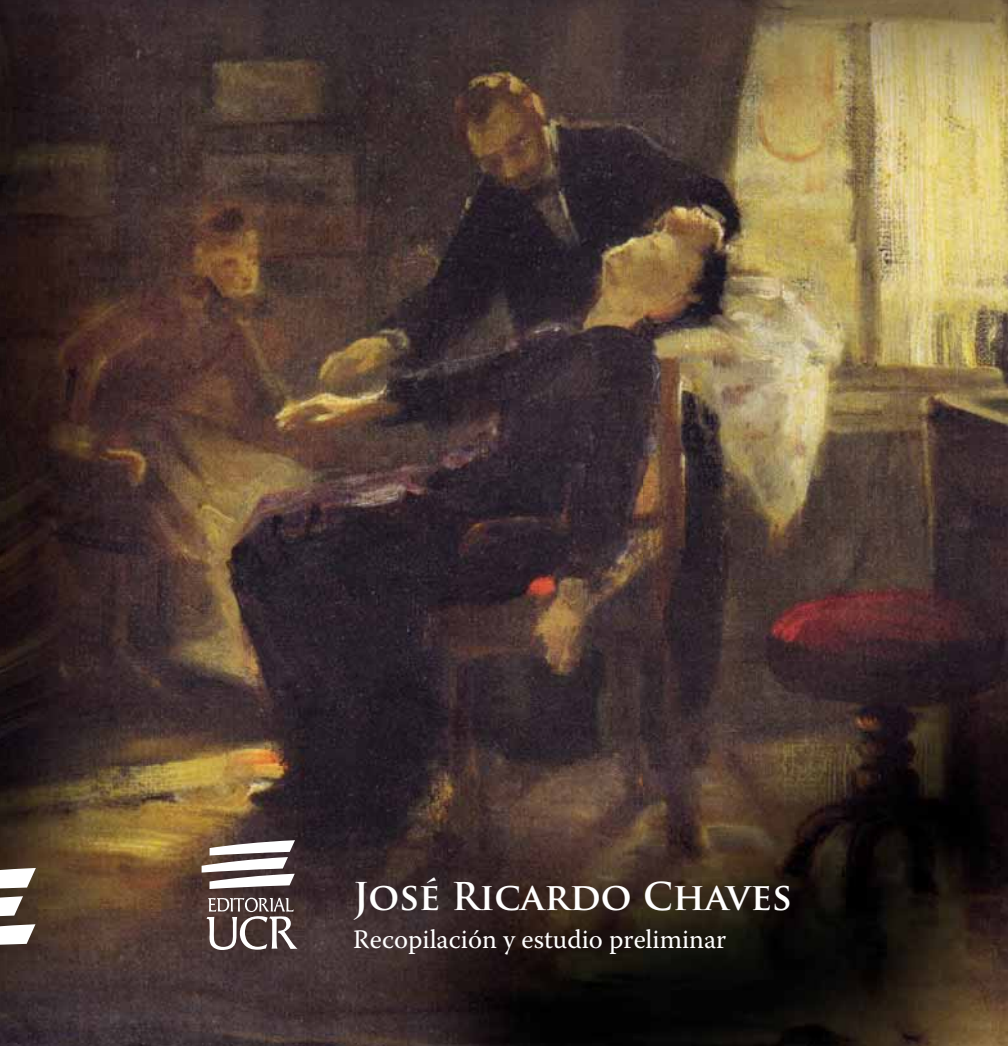


LEÓN FERNÁNDEZ GUARDIA

PACRIQUÍ

Relatos fundacionales costarricenses
de crimen y misterio (1906-1911)




EDITORIAL
UCR

JOSÉ RICARDO CHAVES
Recopilación y estudio preliminar

LEÓN FERNÁNDEZ GUARDIA

PACRIQUI

Relatos fundacionales costarricenses
de crimen y misterio (1906-1911)

JOSÉ RICARDO CHAVES

Recopilación y estudio preliminar


EDITORIAL
UCR
2017

863.3
F363p

Fernández Guardia, León, 1871-1942

Pacriquí, relatos fundacionales costarricenses de crimen y misterio (1906-1911) / León Fernández Guardia; recopilación y estudio preliminar de José Ricardo Chaves.

– 1. ed. – Costa Rica: Edit. UCR, 2017

v, 161 p.

ISBN 978-9968-46-657-8

1. LITERATURA FANTÁSTICA COSTARRICENSE. 2. NOVELA FANTÁSTICA COSTARRICENSE. 3. FERNÁNDEZ GUARDIA, LEÓN, 1871-1942. I. Chaves, José Ricardo, comp. I. Título.

CIP/3160

CC/SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Primera edición: 2017.

La EUCR es miembro del Sistema de Editoriales Universitarias de Centroamérica (SEUCA), perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Corrección filológica: *Daniela Sánchez S.* • Revisión de pruebas: *Euclides Hernández P.*

Diseño y diagramación: *Dilcia Muñoz V.* • Portada: *Priscila Coto M.* • Control de calidad: *Mauricio Bolaños B.*

Imagen de portada: *Pintura de Albert von Keller, Hynosis at Schrenckn-Notzing's, Circa 1885, https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Albert_von_Keller_-_Hypnose_bei_Schrenck-Notzing_-_ca1885.jpeg*

© Editorial Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. Costa Rica.

Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr • www.editorial.ucr.ac.cr
Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN. Fecha de aparición: setiembre, 2017.
Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio.

Contenido

El segundo Fernández Guardia: el bajo, el oscuro	1
Nita.....	33
María.....	38
Mi amigo Luis	46
La cadena de cabellos	53
El día feliz.....	62
El señor Xyz.....	68
La serpiente de obsidiana	76
Un criminal inocente.....	84
La orquídea.....	91
Nochebuena	100
Ella	103
El número 13013	109
El anillo de hierro	117
Un tesoro en el Pacífico.....	126

Lo que vimos después de la destrucción de Cartago ...	129
El crimen del Doctor Ahss	141
El ojo de Pacriquí	151
El ojo de Pacriquí (continuación).....	156
Acerca del compilador	161



*Nita*¹¹

¿Cómo habían pasado los hechos...? El juez de instrucción no podía reconstruirlos. Allí estaba el cadáver tendido en el suelo mostrando en la garganta la horrible herida, con la siniestra sonrisa de la muerte.

Era un cuartito coquetón, lleno de esos mil adornos de que se complacen en rodearse las mujeres elegantes. Los sillones, el canapé, las mecedoras, el tapiz y las alfombras parecían convidar al recogimiento, al amor íntimo y tranquilo. Los cuadros, de un erotismo velado, contrastaban con aquel cadáver que tenía impreso en el semblante la huella del terror más profundo.

El juez meditaba, ordenaba sus apuntes y, a pesar de la costumbre de asistir a semejantes espectáculos, apartaba los ojos de los de la muerta, que *fijos, inmóviles, muy abiertos*, parecían todavía contemplar, con la mirada fría de ultratumba, la escena que precedió a la extinción de la vida.

11 *Páginas Ilustradas*. Año III, n.º 88, abril 1906, pp. 1403-1405.

Era un caso raro, muy raro, misterioso. Juanita X, Nita por apodo, era una de las más bellas sacerdotisas de la Afrodita, en aquella capital. ¿Quién era? ¿De dónde venía...? Preguntas eran estas a las cuales ninguno de los que la cortejaban hubiera podido contestar. Era bella, muy bella, joven, elegante, rica y amable. Eso era lo que importaba a su corte de adoradores.

La muerte la había sorprendido al regresar del teatro. Conservaba puesto el elegante traje con el que asistiera a la función de gala, sus joyas la adornaban aún. Su camarera declaró que había regresado sola la noche del crimen y que, sin quitarse ni el abrigo ni los guantes, se había sentado a escribir. Y, en efecto, se encontraron pedacitos de papel rosado y perfumado cerca del escritorio, pero tan tenues, tan pequeños, que no había podido reconstruirse el todo.

Indudablemente no era el robo el móvil del crimen, puesto que tanto sobre el cadáver como en los muebles estaban todas las joyas y en el arca había una fuerte suma de dinero. Además, las ventanas y puertas amanecieron perfectamente cerradas, y las del saloncito donde en la mañana de ese día encontró la camarera el cuerpo de su señorita estaban perfectamente cerradas por dentro.

No se pudo encontrar ninguna huella sospechosa ni objeto o rastro alguno que permitiera ponerse sobre la pista del presunto asesino. Tampoco se trataba de un suicidio, pues ni cerca del cuerpo ni en las habitaciones se encontró instrumento o arma con la que pudiera haberse inferido semejante herida.

La posición supina del cadáver y el terror que quedó estampado sobre el rostro de la víctima hacían suponer que se trataba de un asesinato. Por otro lado, la falta de lucha demostrada por el orden en que se encontró todo en la habitación,

la gran mancha de sangre coagulada en un solo lugar de la alfombra, el hecho de no haberse encontrado en el cuerpo de Nita ninguna huella de violencia fuera de aquella ancha herida que casi separó la cabeza del tronco, inducían a sospechar que se trataba de un suicidio.

Y el juez, atraído por las pupilas *fijas e inmóviles* de la muerta, la miraba con ansiedad esperando descubrir en aquel rostro afeado por la muerte, la solución del enigma.

*

* *

La prensa habló largamente sobre la misteriosa muerte de Nita. La policía fracasó en todas sus pesquisas y el asunto fue olvidándose poco a poco con el trascurso del tiempo.

El juez ascendió a magistrado, era el único que recordaba aquel trágico suceso, y los ojos de la muerta lo perseguían en sus noches de insomnio con una fijeza espantable.

*

* *

Pasaron varios años, y una noche, siempre perseguido por la visión aterradora de aquella sombra que parecía implorar venganza, se levantó de la cama, registró una gaveta de su escritorio y sacó de un sobre grande los fragmentos rosados, ya sin perfume, de la carta que se encontró cerca del escritorio de Nita.

Impulsado por una fuerza misteriosa, casi sin darse cuenta de lo que hacía, con los movimientos automáticos de un sonámbulo y con la sensación extraña de que alguna persona que estuviera de pie detrás de él le guiara la mano, fue reuniendo los pedazos con maravillosa facilidad.

Una vez terminado ese trabajo, leyó con avidez los renglones formados; volvióse luego en su sillón, y vio, *de pie, rígida, con la ancha herida abierta*, la sombra de Nita, *con sus grandes ojos horriblemente fijos en los suyos*.

*

* *

Al día siguiente, encontróse al magistrado muerto en su sillón. Sobre su escritorio había una carta formada de retazos y por la cual los asombrados parientes supieron que el asesino de Nita era el propio hijo del magistrado.

*

* *

Luis, el asesino, era uno de los asiduos visitantes de Nita. Por varios motivos, entre los cuales los celos eran uno de los principales, habían reñido como tres meses antes del fatal acontecimiento.

La noche en que ocurrió la tragedia, Luis asistía a la representación de gala que se daba en el teatro. Allí vio a Nita muy cortejada por un joven de quien él estaba sumamente celoso. Arrancó una hoja de papel de su cartera y escribió algunas palabras que dieron por resultado que Nita retirara a su cortejante y regresara a su casa.

Luis la había precedido. Como tenía llave de todas las puertas, penetró en el saloncito sin que nadie lo sintiera. Esperó tras una cortina la llegada de su víctima. La vio llegar, despachar a su doncella, sentarse a escribir, e impulsado por sus tremendos celos, llegóse de puntillas tras la silla de Nita, leyó lo que escribía, que era una carta a su rival en la que le decía que temía por su vida, amenazada por los celos de Luis, pero que a pesar de todo lo amaba y que solo lo había retirado esa noche para evitar un lance, pues Luis le había escrito amenazándola con la muerte.

Este tomó del escritorio un finísimo puñal que le había obsequiado a Nita para que lo usara como corta papel.

Sin decir una sola palabra, cortó de un solo tajo la garganta de su amada.

Esta cayó sin un grito y expiró mirando a su asesino.

Luis rompió la carta, enderezó la silla que Nita había arrastrado en su caída, y huyendo *de los grandes ojos abiertos, fijos e inmóviles* de su víctima, cerró la puerta con llave y salió a la calle. Nadie le vio.



*María*¹²

A doña Cristina G. V. de Fernández

¿Dónde vi por primera vez a Roberto Alonzo? No lo recuerdo. Tal vez en el carro de algún ferrocarril, tal vez en el tranvía o en alguna cantina. Lo cierto es que tengo la seguridad de que nadie nos presentó. Nos encontramos varias veces en la misma mesa de la fonda donde yo tomaba mis alimentos.

Un día, sin que nada lo autorizara para ello, tomó su plato y servilleta, se levantó de su asiento y vino a sentarse al frente de mí.

—Usted dispensará, caballero, mi confianza, pero no puedo acostumbrarme a comer solo, necesito ver a alguna persona conmigo y tener con quien beber una botella de vino. ¿Puedo ofrecerle a usted la mitad de esta?

Y sin esperar mi contestación, llenó mi vaso hasta los bordes.

12 *Páginas Ilustradas*. Año III, n.º 92, abril 1906, pp. 1468-1471.

—Hace muchos días que le veo a usted sentarse silencioso a la mesa. Tal vez le moleste mi charla y en ese caso le suplico me lo manifieste para retirarme.

—De ninguna manera. Agradezco su fina atención y acepto su vaso de vino.

Durante el trascurso de aquella pobre comida, me refirió su historia, que me impresionó profundamente, y hoy que ya murió, la doy a la luz.

Alonzo hizo sus primeros estudios en Bogotá y una vez obtenido su título de bachiller se trasladó a París, donde al cabo de siete años coronó con gran éxito su carrera de médico.

Mientras hacía su práctica en el hospital de X**, conoció a la señorita Leveque, María Leveque, y se enamoró perdidamente de su belleza y gracia. Y ahora dejémosle la palabra a él.

Vivía María en una casita del barrio de Auteuil frente a la *Villa des Eaux*, con su madre, una señora valetudinaria que no podía moverse de su sillón de ruedas. Nuestros amores fueron como todos los amores. Nada parecía deber turbar la armonía que existía, y esperábamos solo que yo estuviese establecido para casarnos, cuando aconteció el terrible hecho que vino a destrozar mi vida, más por lo inexplicable que para mí encierra que por cualquier otro motivo.

Ese sábado, como todos los sábados, fui a comer a casa de María. Era para nosotros aquella comida una fiesta íntima que nos permitía alargar mi visita cotidiana, por lo menos en tres horas. El menú no era muy variado, pero sí sabroso y alegrado por los chistes de mi novia y por nuestro amor.

Apenas nos hubimos sentado a la mesa, cuando llamaron a la puerta. María se levantó de su asiento preguntando:

¿quién puede ser? La oímos abrir y, como se tardó en volver, su madre me dijo: ¿qué será?

Acudí a la puerta, que encontré perfectamente *cerrada con llave por dentro*, e inquieto la abrí, salí al rellano de la escalera: como no encontrara allí a María, la llamé en altas voces, nadie me contestó y, presuroso, bajé corriendo la escalera y pregunté a la portera si la había visto salir. Contéstome que hacía media hora que estaba lavando las gradas de la puerta y que durante ese tiempo *no había entrado ni salido persona alguna*.

Como la casa no tenía otra salida a la calle, era natural suponer que María hubiese subido a los pisos superiores. Así, pues, subí nuevamente y, de piso en piso, de puerta en puerta, pregunté por mi amada. Nadie la había visto.

Todos los vecinos de la casa se pusieron en movimiento y se procedió a un registro minucioso que no dio ningún resultado. Intervino la autoridad y nada se pudo sacar en limpio. María había desaparecido como tragada por la tierra.

Loco de dolor, no quise separarme de la casa de mi amada ni de su pobre madre que había perdido el conocimiento, pasé allí ocho días mortales asistiendo a aquella pobre inválida que no llegó a recuperar el sentido y expiró sin hablar una sola palabra.

—¿Y nunca se descubrió el paradero de María?

—Nunca. De esto hace hoy cuatro años y a pesar de las múltiples investigaciones de la autoridad y de mis pesquisas, no pudimos saber qué había sido de ella.

—¿Y qué dicen las autoridades?

—Hacen mil suposiciones, pero tan pobres de fundamento que no pueden tomarse en serio.

—¿No había tenido María otro novio antes de usted?

—No. Yo era su primer amor y eso me consta, no solo por lo que ella me decía, sino por sus vecinos y su propia madre. Era una muchacha que no tenía historia.

—¿No quedó ningún rastro de su desaparición?

—Lo único que se encontró fue, cerca de la puerta, por el lado de adentro, *un lazo de cinta rosada engarzado en un gancho de cabeza* y que pocos momentos antes lucía María.

—Es una extraña historia.

—Sí, muy extraña. —Y sin un comentario más, sin despedirse ni siquiera de mí, levantóse Roberto Alonzo, sumido en profunda melancolía, y se retiró.

No le volví a ver durante muchos meses, hasta que una mañana que me paseaba por el Parque Monceau se me apareció de improviso y enlazándome con su brazo me dijo:

—¿Tiene usted tiempo para oír el final de mi historia?

—¿Ha descubierto usted alguna cosa?

—Sí, ya tengo la clave del misterio, pero es tan extraordinario que tal vez no va usted a creerlo.

—Para mí no existe lo extraordinario. Puede usted sin temor referirme lo que haya descubierto, que le creeré cuanto usted me diga.

—Entonces, venga usted conmigo a mi casa, a la casa de *ella*, donde ocurrieron los hechos que le referí.

Tomamos el tranvía y después de un viaje silencioso llegamos a Auteuil.

Llamó mi atención el aspecto de la casa de mi amigo. Era un edificio vetusto, cuyas puertas y ventanas acusaban, por su estilo, un origen antiquísimo. La escalera era amplia y tendida y, cosa rara, de piedra de granito, lo mismo que la baranda, que era un verdadero primor por su calado.

Llagamos al entresuelo y antes de penetrar en las habitaciones:

—Nada ha variado aquí, observó Alonzo. Todo se encuentra en el mismo estado y los muebles y enseres no han sido movidos de su lugar.

Entramos y nos sentamos en el comedor. Alonzo destapó una botella de vino y sirvió dos copas. Luego que hubimos bebido, empezó su relato.

—Desde la desaparición de María y la muerte de su madre no quise separarme de esta casa que para mí tenía recuerdos tan terriblemente dolorosos. Aquí he vivido desde esa época y día por día, noche por noche, he tratado de investigar el misterio de la desaparición de mi amada.

Tan hondamente tenía grabada en mi imaginación la última escena que, con solo cerrar los ojos, la veía reproducirse con una verdad aterradora.

Como usted sabe, soy médico y muchas veces me di a pensar si esa obsesión no sería ya una enfermedad mental en mí. Pero ningún síntoma de alienación encontré en ello.

Hace pocas noches fumaba yo tranquilamente en este mismo sillón en que estoy sentado, cuando me pareció oír que se abría la puerta que esta al frente de usted. Como la del pasillo estaba cerrada, me extrañó aquello y me volví un poco para ver si no me engañaba. No puede usted imaginarse cuál sería mi turbación y asombro por no decir miedo, *al ver en el marco de la puerta a María*. Sí, era ella misma, con el mismo

traje rosado que llevaba puesto el último día que nos vimos, con su mirada y sonrisa que recordaba yo tan bien.

Traté de incorporarme, pero mis nervios, tendidos al extremo de romperse, me lo impidieron.

—¡María! —exclamé—. ¡María...!

No me contestó y, caminando lentamente, mejor dicho, deslizándose sin ruido, como deben caminar las sombras, cruzó la estancia, abrió ese secreter que está a su derecha y sacó del fondo de una gavetilla el lazo con el gancho que se halló cerca de la puerta el día de su desaparición, y salió, cerrando la puerta, antes de que yo hubiera vuelto de mi estupor. Cuando recobré el uso de mis miembros paralizados, creí haber sido juguete de una alucinación producida por la reconcentración de mi pensamiento y pensé que si aquello continuaba podría producirme la locura.

—¿Y el lazo?

—Espere usted. Cuando para convencerme fui al secreter y lo abrí, *había desaparecido el lazo con el gancho.*

—Es extraordinario.

—Sí, pero allí no termina mi experiencia. Desde entonces, todas las noches, a idéntica hora, a las siete de la noche, la misma en que ella desapareció, viene María, abre la puerta y con el mismo paso penetra en la estancia, se mira en el espejo y vuelve a salir.

Como yo mirara con insistencia a mi amigo, este continuó:

—Sí, usted cree que estoy loco, lo comprendo, yo también lo creería en su lugar, pero no es así. Mire usted, son las siete menos cinco minutos. *Cuando el reloj dé las horas* podrá usted comprobar por sí mismo la verdad de mis palabras.

Desde ese instante un silencio sepulcral reinó en aquella estancia.

Yo estaba conmovido y esperaba algo... que no sabía cómo calificar.

Empezó el reloj a sonar las siete y... la puerta se abrió silenciosamente. Penetró en la estancia una joven que se deslizaba por el piso sin mover perceptiblemente los pies, llegó al secreter, la vi mirarse al espejo y retirarse después como había venido. Al llegar a la puerta se volvió y con el gesto y la voz llamó: ¡Roberto...! Electrizados por aquel llamamiento, ambos nos pusimos de pie y echamos a andar tras aquella esbelta sombra. Salimos al pasillo y antes de llegar a la puerta que daba sobre la escalera, torció a la derecha y apoyó una mano en la pared. Como por encanto corrió un trozo del tabique de madera y dejó descubiertas las primeras gradas de una *escalera interior*. Apenas hubimos bajado a un subterráneo, que comprendí estar oculto en el seno mismo de la escalera principal de la casa, cuando a favor de la luz de unos fósforos vimos tendido un cuerpo perfectamente conservado, seguramente por lo seco de aquella atmósfera. Vestía de rosado y tenía prendido en sus cabellos *un lazo rosado*... me volví para buscar a la que allí nos había guiado, pero había desaparecido.

.....

Al día siguiente, cuando volví en mí, supe que mi amigo Alonzo había sido encontrado muerto en su habitación; pero cosa rara y extraña, mi patrona me aseguró que yo no me había movido de la cama desde el día anterior en que, a consecuencia de un ataque, había perdido el sentido, según dijo el médico. El doctor Alonzo fue quien me asistió y posteriormente fue encontrado muerto. Cerca de mi cama *encontré un lazo de cinta rosada, engarzado en un gancho de cabeza*.

¿Fue real mi aventura, se trata de un caso de sugestión, de telepatía o fue efecto de la enfermedad?

San José, abril de 1906.

Acerca del compilador

José Ricardo Chaves. Doctor en literatura comparada por la UNAM. En dicha universidad, es miembro del Centro de Poética del Instituto de Investigaciones Filológicas y docente en la Facultad de Filosofía y Letras, con un trabajo enfocado sobre todo al estudio del romanticismo y del esoterismo en el siglo XIX y principios del XX, así como a la literatura fantástica de esa época, tanto en Europa como en América. De tal campo de investigación han resultado diversos libros como *Los hijos de Cibeles. Cultura y sexualidad en el fin de siglo XIX* (1997), *Andróginos. Eros y ocultismo en la literatura romántica* (2005) y *México Heterodoxo. Diversidad religiosa en las letras del siglo XIX y principios del XX* (2013). Ha elaborado distintas antologías, entre las que destacan *El castillo de lo inconsciente. Antología de literatura fantástica de Amado Nervo* (2000), *La leyenda de Buda en la literatura hispanoamericana. Breve antología narrativa* (2011) y *Voces de la Sirena. Antología de literatura fantástica de Costa Rica* (2012). Ha desarrollado una trayectoria narrativa desde 1984, cuando publicó su primer libro de relatos, *La mujer oculta*, al que siguieron otros como *Cuentos tropigóticos* (1997) y *Jaguares góticos* (2003). En novela, sus últimos títulos son *Faustófeles* (2009) y *Espectros de Nueva York* (2015). Es miembro honorario de la Academia Costarricense de la Lengua.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

Este libro recopila 17 relatos del escritor León Fernández Guardia (1871-1942) publicados, en su mayoría, en la revista *Páginas Ilustradas* entre 1906 y 1911, así como uno aparecido en el libro colectivo *El libro de los pobres* (1908) y otro de *The Cartago Earthquake* (1910). Con la excepción de dos de ellos, la mayoría desarrolla temas de “crimen y misterio”, según la expresión del autor, lo cual corresponde a lo que hoy denominamos literatura fantástica y policíaca, con atisbos de ciencia ficción. Tuvo entre sus modelos literarios a autores como Edgar Allan Poe y E.T.A. Hoffmann, y sus lecturas teosóficas le brindaron material temático, como el mesmerismo y el desdoblamiento astral. La recopilación va antecedida de un estudio preliminar elaborado por José Ricardo Chaves, en el cual se hace una presentación del autor, su medio familiar y social, y sus textos, y se subraya la novedad de su escritura en un momento en que la literatura nacional apenas surgía entre el realismo, el costumbrismo y el modernismo. Se busca de esta manera recuperar a un autor y a una obra prácticamente desconocidos, en un momento crucial de la formación de la literatura nacional, lo que viene a replantear el paisaje literario tradicionalmente aceptado.

ISBN 978-9968-46-657-8



9 789968 466578


EDITORIAL
UCR


1977-2017